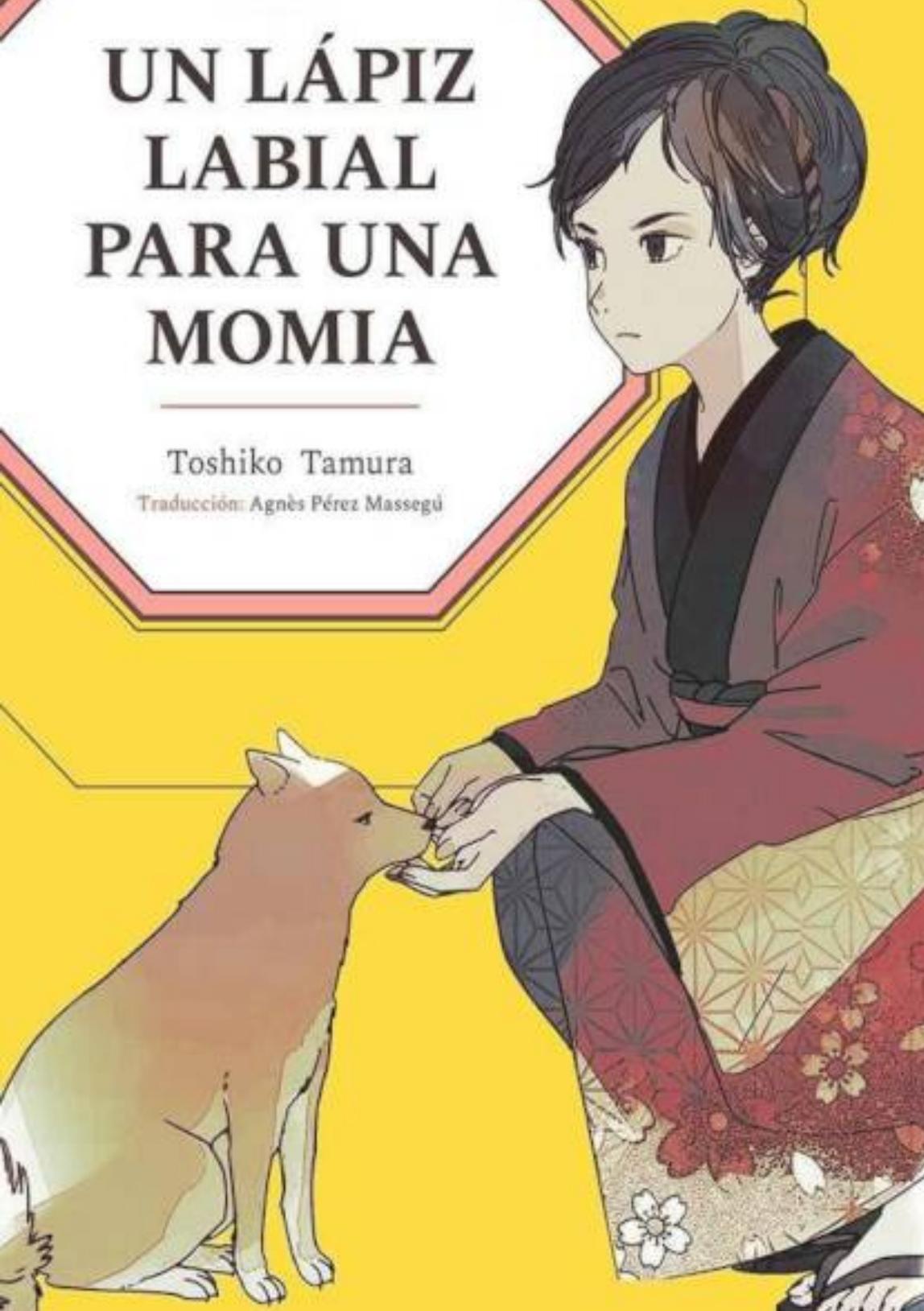


UN LÁPIZ LABIAL PARA UNA MOMIA

Toshiko Tamura

Traducción: Agnès Pérez Massegú



Minoru es una mujer inteligente y orgullosa. Está casada con Toshio, un escritor poco talentoso que descarga la frustración de su infelicidad contra su esposa. Sus temores los restringen: Minoru teme dejar a su marido, mientras Toshio teme que el talento de su mujer resulte alejándola de él. La falta de reconocimiento mutuo los llevará a situaciones de tensión que cambiarán cómo perciben la relación y, más importante aún, cómo se perciben a sí mismos.

Capítulo I

Las hojas del *hinoki*^[1], que sobresalía imponente con una frondosa corona, se mecieron vacilantes con la llegada de una ráfaga de viento solitaria. El atardecer de principios de enero teñía el cielo de un color opaco mezclado con tonos de ámbar claro, mientras las ramas peladas de los otros árboles, casi delineadas con plumilla, dejaban entrever el tejado de color verde claro de una pagoda.

Minoru observaba el cielo desde la ventana del primer piso con la mano en el pecho mientras se preguntaba adónde habría ido su marido, que había salido sin rumbo fijo a primera hora de la mañana en busca de trabajo. Los rayos del sol poniente chocaban tímidamente contra la pared que tenía al lado y formaban una fina mancha rectangular. Cuando quiso darse cuenta, la mancha se había esfumado y la penumbra lo cubría todo hasta el último rincón. Minoru recordó que quería comprar tofu para la cena, pero se veía con tan pocas fuerzas para bajar que, a pesar de oír el silbo del vendedor y advertir que estaba apenas a dos o tres casas más allá de la suya, permaneció inmóvil. Se quedó allí, de pie, observando la puesta de sol.

En los días despejados, sobre esa hora, el bosque de Ueno solía quedar cubierto por una niebla morada. Mientras lo observaba, a Minoru le parecía que se trataba de un guiño del cielo, una bocanada de aliento de color púrpura que lanzaba al bosque a modo de despedida, como símbolo de la amistad que habían entablado durante el día que había pasado en contacto con las copas de sus árboles. El

anochecer iba tiñendo los árboles y los tejados uno a uno del mismo color seco, los entrelazaba en silencio y los escondía bajo la sombra de la oscuridad. Sintióse sola ante el paisaje, Minoru miró hacia abajo justo en el momento en que una joven salía por la puerta corredera de la casa trasera, la del maestro de *koto*^[2]. La chica alzó la mirada, le dirigió una sonrisa y le hizo una reverencia con la cabeza. Siempre que la veía, Minoru se acordaba del verano anterior, de aquel atardecer en el que, después de un chaparrón, la muchacha la había visto contemplando el bosque con su marido, con una mano en su hombro, y de la turbación que la embargó al verlos en ese momento. Y como aquel recuerdo y la imagen de la sonrisa que les dirigió entonces acudieron juntos a su mente, Minoru no pudo evitar bajar la mirada como si ella misma fuese una adolescente. Acto seguido, corrió la contraventana con estrépito y se dirigió al piso de abajo.

Todavía se oía cerca el silbo del vendedor de tofu, pero sabía que ya no iba a volver a pasar por donde estaba ella. Cerró las contraventanas del salón, apagó la luz de la sala de estar y salió por la puerta principal a echar un vistazo.

En el cementerio público de enfrente había un par de lápidas nuevas. El callejón de al lado, completamente desierto a esas horas, se veía todo blanco; incluso el *ginkgo*^[3] de la esquina parecía cubierto de un papel plateado. En la tenue sombra del anochecer destacaba, debido a su color blanquecino, la perrita que tenían en casa, que estaba tan delgada que se le marcaban todas las costillas. Estaba correteando y dando vueltas con una ramita en la boca, pero al ver a Minoru mirando fijamente en la dirección por la que tenía que volver su marido, se acercó a ella, se sentó a sus pies mirando en la misma dirección y se quedó observando con atención el lejano *ginkgo* mientras meneaba ligeramente la cola.

—Mei...

Minoru se dirigió en voz baja a la perrita, que se había metido bajo la manga de su kimono. El animal, al oír su nombre, permaneció inmóvil excepto por la cabeza, que levantó para mirarla y que inclinó al poco. Movi6 las orejitas como si quisiera esquivar un ruido misterioso que hubiera resonado en medio de aquel silencio mortal que anulaba la presencia de cualquier ser vivo. Una ráfaga de un viento tan gélido que erizaría el vello de cualquiera llegó desde el camposanto. Minoru miró hacia la derecha, al callejón que se extendía delante de ella, volvió a mirar a la izquierda, donde vio la lámpara de la pensión que había tres casas más allá, ahora ya la única luz encendida en aquel mundo descolorido, y con la imagen de aquel parpadeo solitario en el corazón, entró en casa.

Cuando Yoshio volvió, empezaba a caer una ligera llovizna. Vestía un traje de corte occidental que tenía los hombros demasiado anchos para él. Más cabizbajo que de costumbre y de espaldas a su mujer, se quitó los zapatos mojados. Se dirigió a la iluminada sala de estar mientras se despeinaba con la mano y fue directo al salón del fondo, donde arrojó al suelo el paquete que llevaba hecho con un pañuelo *furoshiki*^[4] para luego hacer él mismo arrojarse al suelo.

—Nada, es inútil. No he podido vender mi manuscrito en ninguna parte.

—No te preocupes. Son cosas que pasan...

Al verlo volver con el paquete, Minoru enseguida había deducido que le había ido mal. No podía evitar compadecerlo al imaginárselo todo el día yendo de un lado a otro, como un carbonero perdido en la lluvia.

—¿Tienes hambre?

—No he comido nada. He perdido la cuenta de todas las editoriales por las que he pasado...

Yoshio estaba tendido boca abajo y apretaba la cara contra el tatami, de modo que su voz sonó ahogada.

Cuando no estaban juntos, a Minoru no le apetecía prepararse nada para ella sola, así que tampoco había comido nada en todo el día. Sin embargo, al oír las palabras de su esposo, de repente le entraron unas ganas irreprimibles de cocinar, de modo que fue a la cocina y se puso manos a la obra. Por su parte, Yoshio se quedó completamente inmóvil hasta que la comida estuvo lista.

Capítulo II

—Soy un completo inútil. Ni siquiera soy capaz de mantenerte.

Fue lo único que dijo el hombre al terminar de comer en silencio, mientras dejaba los palillos sobre la mesa. Después, volvió a tumbarse. Minoru recogió la mesa sin decir nada y fue a la cómoda, donde abrió los cajones, se quedó pensando un momento y empezó a sacar varios objetos, los cuales fue amontonando.

—Eh. ¿Vas a ir?

—Sí. Tampoco es que podamos hacer nada más...

Minoru lo envolvió todo en un *furoshiki*, se puso un abrigo encima de la ropa que llevaba y se ató la cinta que le quedaba al lado del cojín donde Yoshio tenía la cabeza.

—En fin, ahora vuelvo. ¿Estarás bien solo? ¿No te agobiarás demasiado?

Minoru se arrodilló y acarició la estrecha frente a su marido. Notó que estaba fría.

—Te acompaño.

—Entonces, cámbiate y ponte el kimono. Quedará raro si llevas traje.

Mientras Yoshio se cambiaba, Minoru fue delante del espejo, se puso la bufanda y se quedó de pie con el enorme paquete en las manos. Pensó que, de haber ido sola, podría haber ido en *rickshaw*^[5], pero al ir con su marido no le quedaba más remedio que caminar bajo la lluvia. Aun así, no dijo nada.

Llevando aún el pesado paquete en una mano, se dispuso a cerrar las puertas y a coger los paraguas de la repisa. Sin embargo, como el paquete le molestaba, lo dejó en medio del salón y luego tuvo que buscarlo por todas partes porque no recordaba dónde lo había puesto.

Con un paraguas cada uno, la pareja salió por la puerta del jardín y dio la vuelta hasta la calle.

—Sé buena chica y vigila la casa, ¿vale? Ya te traeremos algún regalito —dijo Minoru al ver la silueta blanca de su perra en un rincón del oscuro jardín donde no llegaban las incesantes gotas de lluvia.

La perrita estaba acostumbrada a que la encerraran en casa siempre que salían los dos y, como era muy lista, cada vez que detectaba por los ruidos que hacían que iban a salir, se metía ella sola en la galería antes de que fueran ellos a buscarla.

Tras cerrar la puerta, con el silencio que reinaba en la casa, Minoru no podía dejar de preguntarse si el animal estaría bien. Al cabo de un rato de andar, Yoshio pareció reparar en ello y alargó la mano para quitarle el paquete a Minoru.

—Ya lo llevo yo.

El tren llegaba tarde y en la estación se amontonaba la gente que esperaba. Hacía muy poco que había empezado a llover, pero la lluvia ya ocupaba con sigilo incluso la parte más profunda del aire gélido, y empapaba tanto el suelo y los árboles como la ropa de los viandantes. Minoru mantenía la distancia con Yoshio, que llevaba el paquete bajo el abrigo. Una vez en el interior del tren, conscientes de la situación de pobreza en la que vivían, reparaban más que nunca en la presencia del otro, pero en ese lugar tan iluminado y repleto de miradas ajenas, hacían todo lo posible por evitar mirar a la única cara que les era familiar. Minoru notó que de vez en cuando una punta del pañuelo que envolvía el paquete asomaba por debajo del abrigo de su marido. La zona de las rodillas de su viejo abrigo, ya estre-

cho de por sí, le quedaba ligeramente abierta y aún más apretada por culpa del paquete. Minoru desvió la vista y contempló las farolas que se mojaban en el exterior del tren, con la miserable imagen de su esposo grabada en la mente.

Los frecuentes pestañeos de Minoru al salir de un callejón de Nakachō desprendían lástima por sí misma, aunque trató de ocultar su autocompasión con las gotas de lluvia que bajaban temblorosas por el paraguas. Delante de la luz de la tienda de la esquina la esperaba Yoshio, con el paraguas completamente recto. Cuando se le acercó, por instinto el rostro de Minoru esbozó una sonrisa y le habló en susurros:

—¿Ha ido bien?

—Sí, tranquilo.

El hecho de haberse desprendido que aquel voluminoso paquete y haberlo sustituido por un ligero fajo de billetes, que Minoru se había guardado en el bolsillo, los hizo volver a sentirse integrantes del mundo. Mientras dejaban pasar el tren absurdamente grande que circulaba despacio y lleno de gotas delante de ellos, Minoru clavó la mirada en su marido, forzó una sonrisa y le propuso ir a comer algo, en un intento de recuperar el estatus social que antes conocían bien pero que hasta ahora habían mantenido reprimido en algún rincón.

—Como quieras —dijo Yoshio riendo mientras se rasca la punta de la barbilla. A pesar de ello, en la sonrisa de su mujer le pareció ver pasar una sombra escurridiza que escondía algún secreto, lo que le dio mala espina.

—Hace mucho frío. Necesito tomar algo.

Minoru echó a andar delante de Yoshio. Ante ellos, las fachadas de las tiendas y los locales quedaban difuminadas por la lluvia y las lámparas mojadas. El paraguas interceptaba los parpadeos de las luces de la calle, que iluminaban el lodazal que había en el camino, con los rastros de los zue-

cos geta de la gente y las rodadas de los *rickshaws* que pasaban salpicando barro.

El matrimonio entró en un restaurante de comida occidental que había delante del ayuntamiento del barrio.

Adentro no había ni un solo comensal. Minoru pasó delante de un espejo y observó su rostro, pero cuando Yoshio la llamó fue a su lado a calentarse las manos delante del hogar. Minoru sabía que en estas ocasiones Yoshio tenía la manía de encogerse y de mostrar su pobreza con toda la miseria posible. Mientras él se dedicaba a observar el fuego del hogar con ojos vacíos rodeados de arrugas que coronaban unas lánguidas mejillas, ella le dio un golpe con el hombro para que si irguiera. Luego lo miró de reojo y le dijo, riendo:

—No te comportes de una forma tan lastimosa.

Yoshio calló, disgustado por la actitud burlona de su mujer ante su aspecto miserable. En esos momentos detestaba el modo de ser de Minoru, que adoptaba una actitud coqueta, como tratando de remarcar sus encantos y pintarlos de carmín, y demostrar que el único desgraciado ahí era él. Entonces Yoshio recordó a la mujer con la que estuvo viviendo poco tiempo antes de casarse con Minoru. Trabajaba en un bar nocturno, con lo que se pasaba todas las noches sirviendo sake a otros hombres y dándoles conversación, pero también era una mujer amable que en los momentos de pobreza se entristecía por los dos y que, cuando él estaba cansado por el trabajo, le aliviaba el cansancio con sus propias lágrimas. Se ganaba la vida haciendo compañía a otros hombres, pero nunca soltó palabras tan desesperanzadas como las de Minoru, como sus mecánicos «algo haremos».

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no dices nada?

Meciendo el cuerpo, Minoru volvió a chocar con el hombro de Yoshio y se rio.

—Es que hoy me ha ocurrido algo desagradable —dijo Yoshio, arqueando la espalda delante del hogar.

—¿Qué?

En contraste con el aire de desánimo que transmitían las palabras del hombre, las respuestas de Minoru, pintadas de color carmesí, flotaban con un toque de sensualidad.

—Pues que ha salido una crítica de mis obras. En una revista.

—¿Y qué dicen?

—Que estoy obsoleto y que es incomprendible que a estas alturas escriba cosas como esas.

Minoru rio a carcajadas.

—Bueno, ¿y qué esperabas?

—¿Cómo dices? —se sorprendió Yoshio alzando la voz y mirando a su mujer con odio, sin recordar dónde se encontraban.

Minoru apartó la mirada en silencio y observó la sala, pero al no haber ni un alma lo único que vio fue los manteles blancos de las mesas ondeando. Entonces se fijó en la luz reflejada en la cristalería perfectamente colocada sobre las mesas, la cual le pareció una sombra de los pensamientos que ocultaba en el fondo de su ser. Minoru volvió a mirar a su marido y luego empezó a reír sola otra vez.

—Tú también lo crees, ¿verdad?

—Pues sí.

Los pequeños ojos de Yoshio, cubiertos por unos párpados hinchados, y los de Minoru, que encajaban a la perfección en sus finos párpados, se observaron durante largo tiempo.

Después de leer el manuscrito de su obra, Minoru se había limitado a decirle «está bien, es interesante» y se lo había devuelto sin más. Yoshio era consciente de que él veía un valor en su obra que solo percibía él mismo y que, naturalmente, Minoru se sentía más identificada con lo que ella escribía. Sin embargo, no esperaba que de repente su mujer le hablara con semejante desdén, en un tono tan indiferente y con una actitud tan fría. No le pasó por alto el hecho de que a su esposa no le importara desatar allí donde

estaban todo su desprecio y toda su frivolidad hacia él y sus problemas económicos.

—¿Sabes que eres despiadada?

Yoshio se quedó mirándola en silencio, con los ojos inyectados en sangre. Entonces el camarero les sirvió sus platos, con lo que Minoru le dio la espalda y fue a cogerlos sin decir nada.

Capítulo III

—No sabía que me tenías por un ser humano tan insignificante.

Salieron de la estación hablando y empezaron a recorrer la colina envueltos en tinieblas. Las farolas de la calle, con las gotas de lluvia que resbalaban por sus cristales, parecían las sombras de aquella pareja teñida de oscuridad, múltiples sombras que derramaban sus lágrimas en un rincón.

Incapaz de encontrar un trabajo para ganarse la vida, la pequeña autoridad que habría podido ganarse como escritor también se fue diluyendo con el paso de los años, lo que a todas luces le resultaba vergonzoso. Al mismo tiempo, encontraba aborrecible a la sociedad que había dado la espalda a sus largos años de trabajo, pero detestaba todavía más a su esposa, por formar parte de ella. Cuando pensaba que, si alguien le lanzase una piedra, su mujer, su supuesto apoyo, sin duda acabaría poniéndose del lado del agresor, Yoshio confirmaba que no había palabras injuriosas suficientes para describir lo que sentía por la mujer que tenía junto a él. La sonrisa frívola que Minoru le había lanzado antes se le había clavado justo en mitad del pecho con sus afiladas garras y no conseguía quitársela de encima.

—Me sorprende que puedas estar con un pobre desgraciado como yo. ¿No te avergüenza decir que este inútil es tu marido? Y, encima, veo que puedes burlarte de él en su cara y quedarte tan ancha. Eres más frívola que una zorra cualquiera.

Yoshio siguió hablando y andando notablemente rápido. Minoru lo seguía en silencio. Tenía el dobladillo del kimono empapado y los calcetines *tabi*^[6] y los *geta* se le pegaban a la parte trasera de los pies, lo que dificultaba sus pasos. Yoshio solía andar rápido, a un ritmo imposible de seguir para ella.

Para cuando Minoru llegó, Yoshio ya estaba tumbado frente al pequeño brasero de madera. Procurando no acercarse a la parte iluminada de la casa, donde estaba su marido, sacó de una bolsa el panecillo que había comprado y empezó a partirlo en trozos y a lanzárselos a Mei, que la había seguido hasta la parte sin entarimar de la vivienda.

—Oye —la llamó Yoshio con una voz áspera.

—¿Qué? —respondió Minoru antes de acariciar a la perrita—. Te habrás sentido muy sola aquí sin nadie, ¿no?

Minoru siguió hablando con Mei, negándose a entrar. De repente, Yoshio se levantó, alzó la pierna y dio un golpecito a la perra, que tenía la cabeza apoyada en el regazo de su esposa.

—Sácala ya.

Yoshio señaló hacia el exterior con la barbilla para remarcar la frase, como si la fuerza de la orden residiera en los músculos de la cara, y se quedó allí de pie. La perrita se acercó a sus pies y le mordió la punta del calcetín, con ganas de jugar.

—Largo de aquí.

Minoru agarró a Mei por el collar, la acercó a sí misma y tiró de ella para arrastrarla hasta fuera de la puerta corredera, bajo la lluvia. Luego cerró, entró en casa y se sentó delante de su marido, que volvía a estar tumbado junto al brasero. Notó que las lágrimas empezaban a brotarle de los ojos, con lo que soltó un resoplido, apretó los labios con fuerza y alzó la mirada.

—Quizá deberíamos separarnos —dijo Yoshio antes de ponerse boca arriba.

Yoshio no podía soportar pensar que, de ahora en adelante, durante largos años, relacionarían la actitud libertina e indiferente de Minoru con la falta de severidad de su esposo. Se dio cuenta de que, durante casi un año entero desde que se casaron, nunca había tratado de paliar las dudas que llenaban sus vidas con una palabra amable que contuviera algo de verdad. Miró hacia atrás y vio que lo único con lo que su mujer daba color a su miserable existencia siempre era su obscena sonrisa teñida de sangre. Solo veía su cuerpo suave moviéndose con pesadez y llenándole la vista con un perfume misterioso.

—Aunque sigamos juntos, la vida que te espera no será demasiado buena. No tengo la capacidad económica suficiente para mantener a mi esposa. Si no puedo ni mantenerme a mí mismo...

—Ya lo sé —dijo Minoru con la voz clara. Sin embargo, al abrir los labios las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

—Entonces, la solución es que nos separemos. Será mejor para ambos que lo hagamos antes de que sea tarde.

—Yo también trabajaré. Ya encontraré algo.

Ambos permanecieron en silencio durante un rato.

Al caer la noche, en el cementerio que tenían delante de casa, pareció como si las almas de los difuntos empezaron a susurrar maldiciones llenas de rencor y las enviaron a través de la lluvia hacia la silenciosa pareja. Los recorrió un escalofrío gélido.

—¿En qué vas a trabajar? ¿Qué es lo que piensas hacer? ¿No ves que tú ya no puedes hacer nada? Tú estás peor que yo —le reprochó Yoshio antes de lanzarse a recordarle a todas las mujeres que decidieron dedicarse a la escritura en la misma época que ella y la brillante posición que habían alcanzado en el mundo literario actual—. Tú no puedes hacer algo así. Si yo estoy pasado de moda, tú aún más.